UNO DE ELLOS HABLA DE MIGUEL

EN la fragua del Cielo forjaron bien un arma
inigualable, un puro destello de impasible
verdad. La diestra mano del arcángel guerrero
la templó en los fulgores del Altísimo. Filo
tan contumaz no hubieron las alturas. Aguja
para enlazar los soles. Irresistible yugo
de planetas fugaces. Martillo de las tenues
nebulosas.

Un día Miguel la asió. «Me basta»,
dijo. Y los escabeles de Dios la vieron viva.
Era una lengua viva que pronunciaba el Verbo
inacabable. «Digo verdad—decía—. Digo
verdad a fuego: viva verdad que en fuego luce,
y látigo de luces, gato de siete colas.»

Luzbel era aún Legión: se crecía mirándose
en el sublime espejo. «Yo sí que soy a imagen
y parecer.» Amaba al Hombre como a un hijo
de su soberbia: «Un día, El lo hará de esta hechura,
de este tenaz relámpago imponderable. Soy
el hijo de Dios vivo. Tendré mi descendencia.»

Entretanto Miguel, vencido ante su propio
hierro, daba sus fuerzas en humildad y canto:
«Santo, Santo: Tú eres—y daba las espaldas
a otras figuraciones—el Dios de los Ejércitos.»

Brotó el magno combate como una hierba arisca
del Empíreo. Un callado roce de enormes alas

se adunó en las esferas. Miguel no soportaba
tal ejercicio infame. Se alzó: tuvo que hacerlo
(Luzbel le culpa todavía), tuvo
un gesto de acendrada caridad. «No es posible
resistir por más tiempo, por más eternidades.»
Le apuntó: «¿Tú qué piensas de Todo? ¿Tú qué piensas
de Nada?» La palabra se había desvelado
por un momento. «Nada seré; que no me crean
—pensó Luzbel—: no hay modo de oposición más firme.»
Y huyó (no lo arrojaron) hacia el abismo hondo.



ALFONSO CANALES